

# DOCTOR FRANCISCO P. MORENO

(1852-1919)

FUNDADOR Y PRIMER DIRECTOR DEL MUSEO

HOMENAJE A SU MEMORIA

---

En la tarde del 19 de noviembre de 1923 fué inaugurado, en la rotonda de entrada del Museo, el busto del doctor Moreno, obra del escultor argentino don Alberto Lagos.

Al acto, que fué presidido por el señor presidente de la Universidad nacional de La Plata, doctor Benito A. Nazar Anchorena, concurren el señor ministro de relaciones exteriores, doctor Ángel Gallardo, el señor gobernador de la provincia de Buenos Aires, don José Luis Cantilo, y sus ministros, doctores José O. Casás, Antonio Rodríguez Jáuregui y señor Salvador Viale, los delegados de las instituciones adheridas al homenaje, miembros de la familia del doctor Moreno, legisladores, y una concurrencia numerosa de profesores, señoras y señores.

Entre los delegados estaban presentes: doctor Ernesto Quesada, del Instituto histórico del Brasil; ingeniero Nicolás Besio Moreno, de la Sociedad científica argentina; profesor Martín Doello-Jurado, del Museo de historia natural Bernardino Rivadavia; doctor Juan J. Nágera Ezcurrea, de la Dirección de minas y geología de la Nación; cónsul general de Suecia, don Pedro Svensson; y doctor B. Gans, de la Sociedad científica alemana.

Habían designado representantes, además, las siguientes instituciones: la American Geographical Society of New York, al señor embajador de los Estados Unidos de Norte América, honorable John W. Riddle; la Svenska Sällskapet for Antropologi och Geografi de Estocolmo, al señor ministro de Suecia, don M. C. Hultgren; The University Museum Philadelphia, al doctor Willan Curtis Farabee; la Gesellschaft für Erdkunde de Berlín, al doctor Franz Kühn; y The Alpine Club of London, al señor S. Joung.

Después de un recorrido por las salas, la concurrencia, que fué atendida por todo el personal del Museo, se reunió al rededor del monumento a las 16, e instantes después que el señor gobernador de la provincia hiciera su entrada al recinto, acompañado de sus ministros y numerosos altos funcionarios de la provincia, se inició la ceremonia.

El señor presidente de la Universidad invitó al señor ministro de relaciones exteriores, doctor Ángel Gallardo, para que recorriera la tela que cubría el busto, y después de oírse el himno nacional, se pronunciaron los discursos, en el orden que se publican. Terminada la ceremonia, la concurrencia fué invitada, por el señor gobernador y su esposa, a beber una copa de champaña en la residencia oficial de los gobernadores.

Por último, en la reunión del honorable Consejo superior de la Universidad de 27 de noviembre, su presidente, el doctor Nazar Anchorena, propuso mandar acuñar una medalla conmemorativa de la inauguración del monumento, moción que fué sancionada por unanimidad.

DEL DIRECTOR DEL MUSEO, DOCTOR LUIS MARÍA TORRES

Señor presidente de la Universidad ;  
Señor gobernador de la provincia ;  
Señores ministros ;  
Señores delegados ;  
Señoras ;  
Señores :

Con los mismos conceptos que en otra ocasión expresara sobre la vida y obra de Francisco P. Moreno, vengo hoy — y os ruego que me acompañéis — a inaugurar este monumento erigido en testimonio de un sentimiento de gratitud y esperanza de recordación.

El señor presidente de la Universidad y el honorable Consejo superior han colaborado con grande amor para que el acto que realizamos revista todos los caracteres de un acontecimiento en la vida de esta institución ; habiendo abundado en resoluciones de estímulo para su progreso y la labor de su personal, y particularmente la que ordena, por iniciativa del señor presidente, un premio que consiste en una placa de oro « que se otorgará al autor de la mejor contribución sobre un tema de ciencias naturales ». El premio se denominará « Doctor Francisco P. Moreno ».

Con propósitos idénticos se ha asociado a la obra del Museo y de esta inauguración el excelentísimo señor gobernador de la provincia de Buenos Aires, con tanta espontaneidad que enaltece al gobierno que preside, y con lo que viene a demostrar su conocimiento del pasado al no

haber olvidado que otro gobierno progresista diera a la República una gran institución.

El busto de Moreno que colocamos en este sitio de honor es una representación concebida por Alberto Lagos. Reviste aspecto severo, y, aunque sin alegorías que perpetúen enseñanzas o fijen los pasajes culminantes de aquella vida, tiene, indudablemente, el valor de un documento fehaciente.

Está en armonía con el recinto y con la suma de sus valores esenciales, se alzarán, para siempre, en su hogar inviolable, y subsistirá como ofrenda de los sentimientos que brotaron de corazones amigos reconocidos de la legitimidad de sus ideales.

Ya había expresado que la vida de Moreno, como otras grandes vidas, con sus momentos de sobresalto y de misterio, tiene para los argentinos admirables enseñanzas.

Se destacan, entre sus calidades, la fe absoluta en la labor persistente, la terminante independencia de carácter y su grande afecto por el país.

La observación de la naturaleza se acrecienta y define, después que llevara a cabo sus exploraciones geográficas de las llanuras bonaerenses, y la elige como razón y programa de su actividad, desde los días de su primera juventud. La naturaleza, admirada y sentida en sus grandes fenómenos y procesos evolutivos, en sus mutaciones y armonías, bajo cuya influencia diera estructura a su personalidad, la convirtiera en culto de su hogar y en seto de su educación y viera en ella a las fuentes de la felicidad y futuro poder de la patria.

En la naturaleza, grandiosa fusión de fuerzas imperfectamente conocidas, estaba la sublime explicación de lo ignoto al sér, con sus infinitos matices, sus formas simples o complexas, caprichosas, fantásticas, y que resumen, en cada aspecto, un doble proceso secular.

Otros observadores de su estirpe — aun como naturalistas primitivos — habían profundizado el estudio de esos problemas mediante los no-vísimos recursos que la ciencia acumulada pusiera en sus manos y tratando de que penetraran en la conciencia del hombre de hoy, que, como fruto de fuerzas y armonías incomprendidas, aspira a ser intérprete del rayo de luz que sirva de razón de origen para las razas y los hombres de todos los tiempos.

Por ello, señores, cuando Francisco P. Moreno, en la edad inicial de las fantasías sintiera su vocación, como nos la define en las páginas de su autobiografía, se advierte que una rara energía impulsa y gobierna a todo su sér.

Proyectos y realidades van definiendo, sucesivamente, su clase de temperamento, hasta que la fiebre de la obra por hacer le acomete, podría decirse, en forma verdaderamente violenta. Nada ni nadie puede detenerlo. Había encontrado el rumbo que buscara, y como en el recorrido

de esos dominios inexplorados la riqueza de los nuevos hechos excediera a los cálculos más optimistas, la tarea complementaria de su estudio y divulgación le exigió el cumplimiento de deberes inesperados.

Del despliegue de esa acción, que causara tanta admiración en unos o la confusión en otros, propios o extraños al medio social en que la obra se hacía, se derivaron, al parecer, muchas de las interferencias que tuviera con los hombres de su tiempo.

No fué, pues, por sus tendencias de estudioso, con alma de explorador, de curiosidad tan sólo instantánea — como muchos lo han querido ver, — ni la actividad en el vacío o la inseguridad en los medios del saber.

Su obra va siendo juzgada con juicios halagadores para el país que la vió nacer y para los hombres que debemos proseguirla; obra ciertamente colosal, tan sólo comparable a esos árboles centenarios, reyes de la selva, que atraen bajo su follaje a todos los seres de la comarca y pueden ser accesibles al culto incesante de la posteridad.

Francisco P. Moreno, apartándose de los jóvenes bonaerenses de su época que leían a Dumas y Brunetière, elegía los libros de exploraciones y descubrimientos geográficos. Alternaba a las noticias de las nuevas travesías por el Sahara y los viajes polares de la era moderna, con las descripciones de Buffon, Humboldt, Darwin y d'Orbigny, después de haber encendido su pasión de niño curioso con las lecturas referentes a análogas fatigas y penurias de los misioneros católicos que vivieron entre los pueblos salvajes de América.

Su bagaje científico fué por mucho tiempo modesto y reducido a lo más esencial para un temperamento que se inclinaba más a investigar cómo se presentaban los fenómenos de la naturaleza física.

Huyamos de la vaguedad y del equívoco y declaremos sin ambages, que si en la obra integral de Moreno no se encuentran reunidas las características del sabio, que el epíteto flotante adereza o pretende exigir en las ideas, hábitos y aptitudes sociales de todos los hombres, su pasión de investigador rompe los cánones previstos y la intensidad en la acción le dan el valor de cosa nueva y espontánea en nuestro país.

Pero lo sabéis dueño de un ideal elevado e inspirado en un grande afecto por el país.

Recordaréis, seguramente, que sus primeros pasos en la edad del hombre de acción quedaron trazados, para siempre, cuando realizara las exploraciones hidrográficas y orográficas en nuestros territorios australes, como en su obra complementaria de la discusión sobre su dominio definitivo; expansión territorial y riquezas que pueden ser objeto de vuestra admiración si os disponéis a realizar excursiones instructivas.

Unas y otras empresas — que la suspicacia ignorante de algunos de sus compatriotas apreciara con disimulado desdén — fué motivo, bien

se sabe, para que la ciencia geográfica europea consagrara el nombre de Moreno, estampándolo en la columna de honor de los geógrafos célebres.

Y fué penosa, en alto grado, la tarea por aquel hombre desenvuelta para sólo reconocer el aspecto externo de los fenómenos naturales que debían de estudiarse en nuestro país.

De todas esas nuevas observaciones y juicios, como de los efectivos tesoros que la naturaleza guardara y que sólo la ciencia podía comprender y transformar para beneficio moral y material de los hombres, creyó Moreno que pronto se convertirían en fuentes de nuevas energías, en la más amplia comprensión de la vida de un país. Por ello se propuso que no permanecieran por más tiempo ignoradas entre las montañas y planicies que tanto explorara o removiera en días y noches de travesía, en aquellos tiempos en que todo era desierto; en las repetidas noches de extravío, como las que viera el poeta de los cantos argentinos :

En que la pampa se abisma  
en la extensión de sí misma.

Emprendida la tarea trató de precisarla gradualmente, lo que pronto permitió echar las bases de nuestros conocimientos petrográficos, mineralógicos, paleontológicos, antropológicos y biológicos en la República Argentina.

De la enunciación muy sencilla de un programa de acción individual, útil para el país, Moreno pasó a explicar ciertos fundamentos que lo llevarían a encarar el problema de las *causas de los fenómenos*, influenciado, verosímilmente, por las ideas del ilustre geólogo Carlos Lyell, expuestas y aplicadas en su libro, *Principios de geología*.

Basándose en las lecturas de dicho autor como en la apreciación de los fenómenos que observara en sus exploraciones, expone los puntos de vistas esenciales de su doctrina en el ensayo titulado : *El estudio del hombre sudamericano*.

Da comienzo, Moreno, a su obra de publicista con interesantes observaciones en los principales aspectos que, por entonces, interesaban a las ciencias antropológicas, en progreso incesante desde los días de Juan Federico de Blumenbach.

Y visto el éxito de sus primeras excursiones geológicas, paleontológicas y arqueológicas, comprendida la significación que podía alcanzar una obra de cultura científica desinteresada, se afirma en el ideal que concibiera en los días de la primera juventud.

La palabra oficial que reconociera la importancia de esos primeros resultados y la conveniencia de dotar a Buenos Aires de un futuro centro de altos estudios, fué expresada por el ministro de estado, doctor don Vicente G. Quesada. Aquel acto de gobierno resultó un imponderable

estímulo para el hombre a quien tributamos este homenaje y sirvió para poner en acción por mucho tiempo una actividad entre nosotros desconocida.

Recuerdan los colaboradores de Moreno, en aquella etapa de su gestión directorial, que en institución científica alguna se había visto un despliegue de iniciativas y actividades equiparables a las que aquél emprendiera.

El Museo, todo él, con la máxima parte de su contenido actual, apareció inesperadamente entre el follaje del bosque platense, como una representación real de las más felices combinaciones del arte arquitectónico griego, con su peristilo de templo antiguo de magníficas y esbeltas columnas, levantado más como anhelo de encontrar, por ese medio, un apreciable instrumento civilizador de la masa social que para el culto fugitivo de Palas Atenea.

Trancurridos algunos años desde la fecha del decreto de la fundación del Museo de La Plata, sale a luz el tomo primero de la *Revista* y, poco tiempo después, los *Anales*. Las contribuciones científicas que aparecen en los primeros volúmenes, ponen de manifiesto la riqueza sin igual en América del Sur, de los elementos aquí reunidos.

Constan en el tomo inicial de la *Revista* las conocidas reflexiones de William H. Flower sobre el significado de los museos de historia natural, y, a pliego seguido, los propósitos de Moreno, sus juicios y distingos, y las esperanzas que abrigaba sobre el futuro de la obra que trataba de orientar y hacer comprender a sus compatriotas.

A ello se debió — como a la obra de los especialistas extranjeros que habíanse radicado en el país — que los estudios sobre la naturaleza, en sus principales aspectos, se vieran en la Argentina tan activamente desenvueltos, como en contadas naciones del mundo.

Es nuestro deber sagrado proseguirla, perfeccionarla y cuidarla para que no se desvirtúe, eligiendo la forma más acertada y circunspecta de aplicar el criterio de *continuidad*.

Este propósito de continuidad lo vemos observado por nuestros geólogos y paleontólogos de mayor renombre, después que Darwin y D'Orbigny echaron las bases de una ciencia nueva, que surgía de esta tierra nueva, arrancada de las formaciones que explican los aspectos más interesantes de los fenómenos geológicos, desde la *hemera* hasta los sistemas más complejos.

Al decir criterio de continuidad no quiero suponer que ha de observarse ciego acatamiento a las doctrinas que se han generalizado en nuestras cuestiones científicas, y he recordado los nombres de Darwin y D'Orbigny por el asombroso y, a veces, inexplicable acierto de sus primeras observaciones.

A todo ello se debe y a la unidad de concepto que debió dirigir la in-

terpretación de los nuevos hechos, que la ciencia contemporánea, europea y americana, haya elaborado en los últimos años teorías altamente novedosas, que fueron concebidas o difundidas por autores esclarecidos como Cuénot, Rosa, Gutberlet, Giuffrida Ruggeri y otros.

Se proponen explicar estos hombres, mediante la suma impresionante de hechos universales de la geología y la biología, el capítulo más importante de la historia de la vida.

Revelar la existencia de los fenómenos naturales y explicarlos, mediante la sensación que elabore plenamente el curso de la realidad, que los localice y sistematice, según sean las disciplinas del especialista, fueron los propósitos de Moreno y de sus colaboradores.

En las ciencias geográficas y geológicas: Enrique A. S. Delachaux, Gunardo Lange, Rodolfo Hauthal, Carlos Burckhardt, Luis Wehrli; en paleofitología y paleozoología: Santiago Roth, Federico Kurtz, Alcides Mercerat, Herman von Ihering, Ricardo Lydekker; en botánica: Nicolás Alboff; en zoología: Fernando Lahille, Carlos Bruch, Félix Lynch Arribalzaga, Julio Koslowosky; en antropología y arqueología: Samuel A. Lafone Quevedo, Herman Ten Kate, Roberto Lehmann-Nitsche, Juan B. Ambrosetti, Christofredo Jacob y, por último, en materia histórica, los nombres ilustres de Bartolomé Mitre, Andrés Lamas y José Toribio Medina.

Era de mi deber en este momento y será en adelante para nuestros conciudadanos, recordar a estos hombres beneméritos, algunos de los cuales, al partir para siempre, han quedado en el olvido hasta para nuestra propia historia. Y han quedado también en esa como especie de penumbra, los nombres de otros colaboradores modestos, el del secretario don Rafael Catani, y los de Antonio y Santiago Pozzi, Gabriel Garachico y Emilio Beaufile.

La verdad es belleza cuando se la comprende con intensidad, y ahora he querido expresarla, con la intención de que todo transeunte que en adelante se detenga ante este monumento no deje de evocarlos. Para que esos nombres vivan juntos en nuestra admiración agradecida.

No puedo hablarlos en estos momentos de la labor por todos ellos emprendida mediante la cual pudieron reflejar tanto prestigio y brillo para el país.

Seguramente ya lo habéis advertido al recorrer las salas del Museo, y al apreciar su orden y disposición, y lo confirmaríais si os fuera posible o de agrado hojear los volúmenes que forman nuestras publicaciones oficiales. Ahí consta la suma enorme de actividad puesta al servicio de la grande empresa de proseguir el estudio de los « nuevos materiales para el conocimiento físico y moral del continente americano ».

Ese esfuerzo, poco común en el campo de los estudios desinteresados, puede servir de paradigma, como serviría, además, para afirmar la tradi-



ción civilizada de cualquier pueblo. En cuanto a la existencia de esos hombres — casi siempre sin prole intelectual, — bien pudo transcurrir como la vida de aquella bellísima planta de flor escarlata, que Linneo cultivara con devoción, en los regios jardines de Upsala.

Deploro no poder explicar, en este momento, con toda amplitud, la organización y funciones que Moreno le había impreso al Museo de La Plata.

Asienta su fundador, en distintos pasajes de sus escritos y memorias, que debe ser un establecimiento de estudio, vale decir, de investigaciones en el terreno y en el laboratorio — de acuerdo con las reflexiones de Flower, — y, además, un museo de exposición de materiales por grupos de conocimientos.

No pequemos por exclusivistas y admitamos que ambos aspectos pueden ser armónicamente atendidos, para no incurrir en extravismos o exageraciones a que pudieran conducirnos la admisión, a secas, de aquella frase del gran Agassiz, según la cual no existían duplicados en la naturaleza.

Nuestra institución tiene una misión definida, la de explorar y describir a la naturaleza en todos sus aspectos, para comprenderla y revelarla a los hombres, es decir, la misión de estar al servicio de la ciencia, de la sociedad y del Estado. Su programa fué al principio demasiado amplio, porque si se recuerda la leyenda puesta en el encabezamiento de sus publicaciones, cabía entre sus medios las investigaciones históricas.

Mientras tanto, una serie de juicios halagadores sobre el significado y organización de estos museos han circulado y aún circulan por el mundo científico europeo. Y digo halagadores, porque si se tienen presentes las reflexiones de G. Gilson, director del Museo de historia natural de Bruselas, nuestro programa respondería con perfecta claridad al de una institución creada para el progreso de la ciencia.

Para Gilson, los museos de historia natural deben ser organismos centralizadores y conservadores, que desenvuelvan armónicamente la triple tarea de la exploración, estudio y exposición, con el fin que desempeñen un papel importante en el avance de nuestros conocimientos en las respectivas especialidades, y que limiten sus exploraciones a determinadas regiones geográficas.

Flower, más excéptico que Gilson, asentó que era una cosa muy difícil que pudieran satisfacer, simultáneamente, dos objetos distintos, el del progreso y la difusión de la ciencia; imposibilidad que encuentra absolutamente demostrada el mismo Gilson, cuando recuerda las últimas experiencias realizadas sobre la cuestión.

No obstante estos juicios y sus fundamentos, me permito decir que en nuestro país, y por circunstancias especiales, esa enseñanza puede ser atendida con prudencia e indiscutible utilidad, con tal que se la re-



duzca a los servicios científicos fundamentales, y sin distraer las actividades y la suma de recursos de todo orden que deben destinarse al programa esencial de la institución. Ese programa es el que debe ser cumplido, considerado en sus detalles y correlacionado armónicamente, impidiendo que se pronuncien exclusivismos o reformas perjudiciales.

Será posible verlo realizado si podemos unir al ánimo de hacer el estímulo oportuno, como lo viene recibiendo esta institución de parte de algunas personas que le han ofrecido su apoyo material.

El Museo de La Plata ha tratado de incorporarse, en estos últimos tiempos, a la vida activa que desenvuelven las instituciones europeas y americanas de la misma índole, y si lo ha conseguido, en parte, se debe a la protección que ha recibido, particularmente del señor presidente de la Universidad, como del señor gobernador de la provincia de Buenos Aires, que nos honra con su presencia.

Señores: no sé si he logrado expresar de Francisco P. Moreno todo lo que exige un esbozo completo de su personalidad, de la sincera dedicación de todas sus energías a un ideal elevado, concretadas en esta su obra imperecedera. Pero de lo que podéis estar convencidos es de que, gracias a vuestro concurso, el homenaje que pudo cumplirse en el silencio de estas salas, ante un grupo reducido de admiradores, ha resultado digno del hombre al que fuera dedicado.

DEL DOCTOR ERNESTO QUESADA, EN REPRESENTACIÓN DEL INSTITUTO  
HISTÓRICO Y GEOGRÁFICO DEL BRASIL

Señor presidente,  
Señores:

El Instituto histórico y geográfico del Brasil me ha distinguido con su representación en este acto — piadoso y solemne — de gratitud póstuma al primer director del Museo de La Plata. Debo este encargo, sin duda, a la casualidad de ser hoy el más antiguo miembro correspondiente del instituto en la Argentina: simple y modesto privilegio de la edad, es cierto, pero que me permite desahogar el corazón haciendo aquí, al amigo y coetáneo para siempre ido, salva con honras en nombre de aquella ilustre corporación brasileña que, en su país y en toda la América latina, encarna desde 1839 el centro intelectual más proficuo, por su no interrumpida actuación y el centenar de tomos de su soberbia *Revista*, llenos de trabajos notabilísimos. Su actual presidente perpetuo, mi noble amigo de la juventud, Alfonso Celso, lo caracteriza diciendo: «saturado de espíritu conservador — espíritu definido por alguien como el

órgano de la responsabilidad y cautela, en la sociedad humana, — asilo y custodia reverente del alma nacional, guardián de la civilización y campeón de su continuidad, es igualmente activo preparador de las vías del progreso, ley suprema de vida, pues promueve y cultiva el estudio, acogiendo jubiloso todo nuevo pensamiento elevado». De ahí la importancia singular del instituto, que vale de oro lo que pesa, pues es la academia más ilustre de todo el continente por su antigüedad y la excelencia de sus trabajos, constituyendo su recordada *Revista* una de las fuentes más valiosas de la historia americana, indispensable en la biblioteca de todo estudioso.

Y es para mí doblemente grato el encargo recibido, por cuanto estoy personalmente ligado a este Museo y a su primer director con el gratísimo recuerdo de haber asistido a la gestación de la idea misma de su fundación, debida a mi padre, Vicente G. Quesada, cuando era ministro de gobierno de la provincia de Buenos Aires. En efecto: en la *Memoria* presentada a la legislatura en mayo 1° de 1877, decía aquél lo siguiente: «Si el tesoro público lo permitiese, os propondría la creación de un museo de antigüedades americanas, para guardar en él las curiosidades arqueológicas y antropológicas que se descubran en nuestros territorios: restos de razas extintas, vestigios de un pasado perdido y cuyas reliquias, clasificadas científicamente, servirían para la solución de complicados problemas. Hago votos porque esta institución pueda crearse, cuya base podría ser el museo formado por el atrevido explorador don Francisco P. Moreno: lo que ha hecho el interés individual en favor de la ciencia, podría hacerlo con más amplitud la autoridad.»

Era yo entonces, desde 1875, oficial de la biblioteca pública — hoy nacional, de la Capital federal — y de la cual, en la fecha a que me refiero, desempeñaba la dirección interina, habiendo presentado las *Memorias* de 1876 y 1877. Acompañé en tal carácter a mi padre — a cuyo lado andaba siempre — en la visita que, a principios de abril de 1877, hizo a la vieja quinta de la familia Moreno, en el histórico barrio de la Residencia, y en la cual el entonces joven aficionado Francisco P. había reunido las colecciones de cráneos recogidos un año antes, durante su ruidoso y audaz viaje a la Patagonia, del cual los diarios habían publicado reseñas novelescas. El propósito de la visita era cabalmente el de ver cómo podía ayudarse al entusiasta y aplaudido explorador, declarándose en su favor y guiándolo en sus caminos, pues su propio padre, muy amigo del mío, se empeñaba en tal sentido. La colección se encontraba, tras siete llaves, en un pequeño galpón, que tenía una división en una de sus extremidades: allí Moreno había instalado su alcoba y vivía como un anacoreta — malgrado haber poco hacía alcanzado su mayoría, — entregado a clasificar lo recogido, de todo lo cual después dió

cuenta en su obra : *Viaje a la Patagonia austral*. Mi padre — como solución satisfactoria para todos — sugirió la idea de donar a la provincia dichas colecciones, y prometió que, en cambio, el gobierno solicitaría de la Legislatura la creación de un museo, nombrándolo director perpetuo con un sueldo adecuado para que pudiera continuar sus estudios y expediciones. Poco después, en carácter oficial, y aun antes de que el valiente explorador se resolviera a verificar la donación, insinuó tal pensamiento en la forma antes indicada. Moreno hizo en seguida la propuesta, liberal y graciosamente, de acuerdo con lo convenido; entonces el ministro elevó, en julio 21, un mensaje a la Legislatura : « digno y patriótico es el pensamiento de este atrevido viajero — decía — y el Poder ejecutivo cree que merece aceptar su donación y las condiciones en que la hace »; en consecuencia, pedía la sanción de una ley que, al aceptar tal donación, creara el museo antropológico y arqueológico. La ley se sancionó en octubre 8 de 1877 y mi padre se apresuró a hacerla promulgar en 17 de dicho mes. Por ella la provincia aceptaba la donación de las colecciones y asignaba al donante, como director y único empleado del flamante museo, 5000 pesos moneda corriente, mensuales; el objeto era que recibiera dicha subvención para continuar sus exploraciones en la Patagonia, enriqueciendo la nueva institución con todo lo que recogiera. Mi padre hizo sin tardanza reducir a escritura pública la entrega de todo, y por decreto de noviembre 13 le nombró director, ordenando que conservaran las colecciones, « por ahora y con arreglo a las condiciones de la donación, en el edificio propiedad de la familia del donante ». Más todavía : con anticipación y presintiendo que en la Legislatura, a causa de la difícil situación económica de entonces, la idea tropezaría con viva oposición — cual sucedió, como se nota en la discusión de la Cámara : sesión de agosto 8, y en la del Senado, sesión de octubre 2 — y que, en consecuencia, no se votaran fondos en la medida necesaria, deseoso mi padre de que el museo se abriera al público de alguna manera lo más pronto posible, se le ocurrió pedir el concurso privado de personas altruistas, y convino con Moreno en que éste propusiera, en su presentación, la constitución de una « Sociedad protectora del Museo antropológico y arqueológico de Buenos Aires », con el exclusivo objeto de fomentar las colecciones y biblioteca del mismo por medio de adquisiciones y donaciones, costear las publicaciones de sus *Anales* y hacer frente a los gastos indispensables para instalar, abrir y sostener el museo; oficialmente aprobó los estatutos de dicha entidad, por decreto de igual fecha al del nombramiento de director. La curiosa sociedad — formada aceleradamente en el mes escaso transcurrido entre la promulgación de la ley y el nombramiento de director — reunió con mesura los necesarios fondos, logró instalar a los pocos meses el museo en un local central, abriéndolo al público en agosto 1° de 1878 y

costeó los gastos de empleados subalternos y otros, como ser los muebles, estantes, etc. Debido a ese esfuerzo, pronto el público se dió cuenta de la importancia de la nueva creación.

Todavía más : indicó a Moreno — cuya preparación universitaria era deficiente, dado su carácter típico de autodidacta, si bien de vocación científica decidida — que debía hacer un viaje de estudio a Europa, pero de incógnito, para llenar los vacíos de su preparación académica, pues en el país, y dada su calidad de director del museo, ello no le sería fácil; aceptó aquél la idea, indicando que, previamente, quería publicar su *Viaje a la Patagonia*. Esto lo verificó en 1879, y al año siguiente — existiendo ya desde el anterior, por presupuesto, el personal correspondiente para atender el museo — se trasladó con ese objeto a París. Me encontraba yo entonces allí, cursando derecho en la universidad; nos pusimos al habla, y Moreno trazó un plan metódico para asistir a una serie de cursos, todos ellos fundamentales, pues los consideraba indispensables, ya que en Buenos Aires había descuidado practicar a tiempo dichos estudios. Pero el hombre propone y la casualidad dispone : guardaba estrictamente el incógnito, mas un día que asistimos juntos a una clase de antropología del profesor Broca, éste, intrigado quizá por la regularidad con que veía allí a Moreno, lo hizo llamar a la salida, con el resultado que al saber aquél que se trataba nada menos que del director de un museo antropológico y arqueológico, le resultó a éste imposible pasar en adelante desapercibido; y tuvo así que negar su propia voluntad y renunciar a su propósito de rehacer metódicamente los fundamentos de su preparación, pues en seguida le reclamaron colaboración las revistas especialistas francesas, órganos de la sociedad de antropología y de la de geografía, además de la revista de etnografía de París, relacionándose con los hombres de ciencia más prominentes y no pudiendo substraerse a la natural serie de invitaciones sociales, deseosas de festejar al « sabio » exótico !

No es mi propósito historiar las vicisitudes del museo : ese es un vacío que ciertamente llenará algún día su dirección, pues Moreno fué parco en lo relativo a la época primera y se contentó con reproducir sólo algunos documentos en la *Revista*, omitiendo no pocos, como los relativos a la interesantísima sociedad protectora que ha sido una institución única en nuestro país, ya que se cotizó para instalar y sufragar los gastos del incipiente museo, sosteniéndolo mientras careció de presupuesto oficial; en la primera *Memoria* al gobierno, en marzo 21 de 1879, decía aquél que los progresos en 1878 « no han sido importantes, a causa de los pocos elementos de que se ha dispuesto; esta falta de medios ha sido subsanada, en parte, con la ayuda de la sociedad protectora del establecimiento, con lo cual ha sido éste instalado en el local que hoy ocupa y cuyo alquiler se paga con las entradas de

dicha sociedad, la que también ha costeado el sueldo del portero y todos los demás gastos que se han efectuado durante el año transcurrido». Pero ha recordado en otra ocasión, con encomio, la iniciativa de mi padre, a cuyo tenaz empeño se debió la donación de las colecciones, la creación del museo y la formación de la sociedad protectora del mismo; «el ministro de gobierno, que lo era entonces el distinguido americanista Vicente G. Quesada — dice Moreno en la *Revista*, — había expresado ante la legislatura la conveniencia de la creación de un museo de antigüedades americanas..., y agregando que su base podría ser el formado por mí...; acepté inmediatamente esta idea, que se adelantaba a la mía, nacida al coleccionar tantas piezas de valor, que creía que no deberían permanecer en manos de un particular..., e hice con vivo placer donación de todo: de esa donación resultó la fundación del museo». Interesante es recordar que cuando se abrió al público, en la forma antes indicada, el primer donante fué el general Mitre, remitiendo 5 vasos peruanos; las colecciones ocupaban entonces apenas 14 estantes, pero Moreno se apresuró a enviar a la Exposición universal de París de ese año un hermoso álbum fotográfico, reproduciendo lo más importante de dichas, casi únicas, colecciones: «el álbum — dice en su informe oficial de abril 30 de 1880 — causó general asombro en el mundo de los sabios, pues algunos de los cráneos patagónicos prehistóricos tenían formas semejantes a las de los antiguos habitantes de Europa, que vivieron hace mil siglos, y ese descubrimiento era más notable porque no se basaba en un solo objeto, sino en decenas de ellos». De manera que el incipiente museo vino a ser conocido y apreciado en el mundo científico aún antes de que el público argentino y los mismos estudiosos de nuestro país se dieran cuenta de su existencia.

Los rasgos salientes de la personalidad de Moreno — puesto el sello sobre el corazón — son, pues, su vocación científica decidida y el carácter evidente de su formación autodidacta, con todas las ventajas e inconvenientes de esa preparación *extra universitatem*. Todos los trabajos de Moreno, durante su vida entera, están marcados con esa marca y llevan ese doble inconfundible sello: su vocación resuelta le infundió una energía que no conocía obstáculos y su formación autodidacta lo llevó a rodearse de especialistas, de preparación metódica y sólida, para todos los trabajos que emprendiera dentro y fuera del Museo, o en el ejercicio de su cargo de perito en la cuestión de límites, como en todo lo que se confiaba a su dirección. Andaba barriando con los ojos los rincones y en dirigir todo bien ponía la proa y el intento: hacía ejecutar por técnicos lo que su intuición sentía que estaba por venir, vigilaba tenacisimamente que ello se hiciera lo mejor posible y resplandeciera como obra milagrosa; era, en tal sentido, un director ideal de museo. Su propia producción científica fué poco a poco reduciéndose a lo indispensable, hasta

casi deliberadamente meterse en un puño, porque concentró su pensamiento y voluntad en dirigir con energía los trabajos, escoger bien sus colaboradores, infundirles en todo momento espíritu de cuerpo y vigilar celosamente la ejecución de sus tareas. Era realmente eximio general en jefe de un ejército bien disciplinado y con ejemplar entrenamiento: puso de una vez las leyes y mandamientos a todas las cosas, y a cada uno señaló el orden de lo que había de hacer; a todos tenía debajo de su imperio y quiso hacer en todo la jornada de cabeza; era el alma misma del Museo, el inspirador de sus exploraciones, el instigador de los trabajos de sus jefes de sección y quien hacía converger los esfuerzos aislados a un propósito común, sin jamás perder de vista el adelanto de la ciencia nacional.

Después de la creación de la Universidad nacional de La Plata — un tanto alejado de la índole estrictamente científica de las tareas del Museo por causa de su larga dedicación a la pericia de límites y su ingreso a la vida política como diputado al Congreso — prefirió apartarse de la dirección, no obstante su derecho al cargo vitalicio. Como yo le manifestara mi asombro por ese alejamiento, díjome: «La dirección de un Museo semejante exige, tiránicamente, la dedicación exclusiva de la vida entera: así lo concebí y ejecuté hasta que el gobierno reclamó mi colaboración patriótica en la cuestión de límites. Es cierto que he prestado en esto un servicio grande a mi patria, consagrándole cuanto en tal sentido pude idear y ejecutar, pero reconozco que eso me ha desviado de las tareas de aquella dirección y me he visto impedido de continuar vigilando el desenvolvimiento del Museo al principio. Y esa solución de continuidad en mi actuación ya no admite enmienda: debo cargar con sus consecuencias. Dejo en la instalación del Museo, en las colecciones reunidas, en el personal organizado, en la *Revista* y los *Anales*, la prueba de que mi paso no ha sido estéril, pero la exigente conciencia reclama mi eliminación, porque considero que debe reemplazarme quien esté resuelto a dedicarse por entero a la tarea, sin reato de género alguno; si me fuera dado a mí hacerlo todavía así ahora, como me fué antes posible verificarlo, ciertamente no abandonaría mi puesto de lucha. Y habría circunscrito cada vez más mi actuación a dirigir la labor conjunta del Museo y sacrificar, en la medida de lo necesario, la producción: el ejemplo de Burmeister, absorbido por sus personalísimos trabajos y convirtiendo al Museo de la capital en exclusivo laboratorio para sus fines especiales, demuestra elocuentemente que, para el país y para la institución científica confiada a su dirección, habría sido preferible que fuera más director que sabio investigador. A los especialistas debe dárseles la oportunidad de dedicarse a sus investigaciones con toda amplitud, pero fuera de la dirección de estos establecimientos, que sufren de la exclusividad del sabio, olvidado de todo lo que no se encuentre en la zona vi-

sual que forzosamente limitan las anteojeras de toda especialidad. De allí que, consecuente con esta convicción, haya preferido ser verdadero director antes que investigador especialista. Ahora bien : amo al Museo como creación mía, por sobre todas las cosas y ambiciono que se convierta en una institución que atraiga y concentre la atención del mundo científico : le he dado ya lo mejor de mi vida ; ahora deben venir otros y ampliar y completar la tarea. » Y hoy, al inaugurar su busto y hacer a su memoria larga y benigna ofrenda, paréceme volver a oír esas proféticas palabras, pues el espíritu que anima al Museo es el que soñaba Moreno, desde que dirección y personal se esmeran en propender al engrandecimiento del mismo y la emulación sírveles de espuela para el mayor éxito de sus trabajos. Se diría, pues, que el alma de aquél vaga invisible por los más recónditos meandros de esta casa...

Y este es el mayor elogio que cabe hacer de la actual dirección del Museo, que retoma así la gloriosa tradición de su fundador, después del paréntesis principalmente conservatorio en que las circunstancias obligaron al director anterior, mi venerado amigo Lafone Quevedo, a consentir aun contra la propia voluntad. Los que me escuchan acaban de recorrer las salas del soberbio establecimiento y se han dado ciertamente cuenta de la importancia de sus colecciones : en mi opinión — si bien confieso ser profano en materia semejante — la sección paleontológica, casi no representada al fundarse el Museo, hoy se ha puesto a la altura de la antropológica y de la arqueológica, y aún las ha sobrepasado, confirmando la exactitud de la fama de ser éste uno de los primeros Museos del mundo en paleontología. Ha querido la casualidad que haya tenido oportunidad de visitar casi todos los museos del extranjero, sea de Europa, de América o Australia, y puedo declarar que me ha llenado siempre de orgullo, como argentino, que por doquier se reconozca esta primacía del Museo platense. Poseemos así una joya inapreciable y los sabios del universo tienen que peregrinar a estudiar en las salas de este establecimiento los restos únicos de ciertos animales desaparecidos. Sólo falta ahora que el actual director, doctor Torres, cuyo celo por emular la obra directorial de Moreno es visible, realice el ideal de preparar pronto una guía metódica que permita al visitante darse cuenta fundada de las riquezas científicas que aquí se custodian y que reanude a la vez la interrumpida publicación de los soberbios *Anales*, dando en sus páginas preferencia a la descripción técnica de las maravillas confiadas a su inteligente custodia. Tal misión — por discretamente modesta que parezca — basta para la gloria de un hombre : y para ello sólo es menester tener siempre presente el espíritu del ilustre creador de tan descollante institución argentina.



Por eso el Instituto histórico y geográfico del Brasil ha querido asociarse a este severo acto de justicia, precisamente porque se trata de una personalidad que sirve de modelo a las generaciones siguientes, siendo deber de todos reconocer el mérito ajeno y glorificar la actuación de los que fueron para honrar su recuerdo y hacer ilustre su nombre, emularlo en sus esfuerzos e inspirarse en su tradición y ejemplo. Y por ello la más alta institución intelectual de Sud América saluda respetuosa la memoria del fundador y organizador del Museo de historia natural quizá más importante de ambas Américas y — por lo menos en determinadas secciones de paleontología — el primero del mundo !

DEL SEÑOR CLEMENTE ONELLI

Señor director :

La piedad filial de los descendientes de Francisco P. Moreno, y el cariño fraternal por el que fué secretario de su padre, hicieron que, a los pocos días de desaparecer el ilustre argentino, me obsequiaran con dos valiosos recuerdos ; recuerdos tan importantes que yo creo deber depositar como reliquias en este templo de su gloria, pues representan los límites extremos de una vida consagrada a las más altas investigaciones.

Por lo tanto, señor director, que con el favor de un hada benéfica habéis iniciado el culto por vuestro sabio antecesor, he aquí el pequeño ídolo recibido por él en sus años más juveniles, y que, más tarde, aún sabiéndolo falso, fué el numen protector que marcó serenamente al muchacho, al joven y al hombre maduro, el rumbo firme de sus estudios al través de los múltiples aspectos de la Naturaleza y que resultaron su gloria y honra para la patria.

Yo, a este ídolo teñido de azul, lo he visto tomar reflejos cobrizos bajo la luz de la candileja, que también os entrego y que fué encendida en todas sus largas noches de estudio del naturalista, del patriota y del filántropo. Su vela, amarillenta ya por los largos días transcurridos, lleva todavía las últimas lágrimas de cera, las últimas gotas rojas de lacre con que, ante la muerte que ya veía aproximarse, encerró sus últimos escritos en bien de la patria.

Cuando, en la quietud solemne y apacible del museo, el pensador penetra en este aposento, estos dos objetos completarán quizá mejor su juicio sobre el sabio y generoso argentino que se fué para siempre.

NÓMINA DE DONANTES  
PARA EL BUSTO DEL DOCTOR F. P. MORENO

Universidad nacional de La Plata.	Sr <sup>ta</sup> Victoria Aguirre.
D <sup>r</sup> Benito A. Nazar Anchorena.	Sr <sup>ta</sup> Elía Jurado.
Ing <sup>o</sup> Eduardo Huergo.	Sr <sup>ta</sup> Julia Sáenz Rozas.
D <sup>r</sup> Luis María Torres.	Ing <sup>o</sup> F. Soldano.
D <sup>r</sup> Santiago Roth.	S <sup>r</sup> F. Lizarán (hijo).
D <sup>r</sup> Carlos Bruch.	S <sup>r</sup> Lucas Kraglievich.
D <sup>r</sup> R. Lehmann-Nitsche.	S <sup>r</sup> José Speroni.
D <sup>r</sup> Miguel Fernández.	D <sup>r</sup> G. B. Cavazzutti.
Prof. A. C. Scala.	S <sup>r</sup> Claudio Loyola.
D <sup>r</sup> Salvador Debenedetti.	D <sup>r</sup> Alejandro Oyuela.
D <sup>r</sup> Fernando Lahille.	Sr <sup>ta</sup> Juana Cortelezzi.
Ing <sup>o</sup> N. Besio Moreno.	Sr <sup>ta</sup> Felisa Rachou.
D <sup>r</sup> Eduardo Carette.	S <sup>r</sup> Alejandro Bouchonville.
D <sup>r</sup> Walther Schiller.	S <sup>r</sup> Nicolás Ceppi.
S <sup>r</sup> Carlos Ameghino.	D <sup>r</sup> J. Echayde.
D <sup>r</sup> Teófilo Martínez.	D <sup>r</sup> Alfredo D. Calcagno.
D <sup>r</sup> Manuel Sáenz Rozas.	Prof. C. Alberini.
S <sup>r</sup> Pastor S. Obligado.	D <sup>r</sup> Santiago Baqué.
D <sup>r</sup> Martiniano Leguizamón.	D <sup>r</sup> Emilio Ravignani.
S <sup>r</sup> Segundo R. Storni.	S <sup>r</sup> Clemente Onelli.
D <sup>r</sup> Juan José Nágera.	D <sup>r</sup> A. Doering.
Prof. M. Doello-Jurado.	S <sup>r</sup> Emilio Frey.
S <sup>r</sup> C. de la Torre.	D <sup>r</sup> Victorio M. Delfino.
D <sup>r</sup> A. Colmo.	D <sup>r</sup> Juan E. Machado.
S <sup>r</sup> Luis Drago Mitre.	Ing <sup>o</sup> Félix Aguilar.
D <sup>r</sup> H. Arditi Thomsom.	S <sup>r</sup> José M. de la Torre.
S <sup>r</sup> Juan Bréthes.	D <sup>ra</sup> Lidia Peradotto.
S <sup>r</sup> Miguel Lillo.	S <sup>r</sup> Juan Canter.
Ing <sup>o</sup> Alberto D. Otamendi.	D <sup>r</sup> Eduardo Sarmiento Laspiur.
D <sup>r</sup> I. Ruiz Moreno.	S <sup>r</sup> Rafael Fernández Blanco.
D <sup>r</sup> José León Suárez.	S <sup>r</sup> Domingo Coñuel.
D <sup>r</sup> J. Keidel.	S <sup>r</sup> Juan Canter (hijo).
D <sup>r</sup> Federico M. Terrero.	S <sup>r</sup> M. de Barrio.
S <sup>r</sup> J. A. Cortejarena.	S <sup>r</sup> A. Granzelli.
S <sup>r</sup> G. Figuerola.	S <sup>r</sup> Antonio Castro.
S <sup>r</sup> Eric Boman.	S <sup>r</sup> Domingo Fontana.
D <sup>r</sup> Justo V. Garat.	S <sup>r</sup> Emilio Granzelli.
D <sup>r</sup> Alejandro Cogliati.	S <sup>r</sup> Santiago Pierobon.

S<sup>r</sup> Vicente Luci.  
S<sup>r</sup> Juan F. Quiqui.  
S<sup>r</sup> José Zucarelli.  
S<sup>r</sup> Vicente Durantini.  
S<sup>r</sup> José Parcero.  
S<sup>r</sup> Miguel Coloccio.  
S<sup>r</sup> Eugenio Coltrinari.  
S<sup>r</sup> Celedonio Sánchez.  
S<sup>r</sup> Ramón Fernández.  
S<sup>r</sup> Baltasar San Andrés.  
S<sup>r</sup> Juan Coñuel.

S<sup>r</sup> Octavio Fernández.  
S<sup>r</sup> Alberto Merkle.  
S<sup>r</sup> Rafael Butteler.  
S<sup>r</sup> Juan Durione.  
S<sup>r</sup> Bernardo Eugni.  
S<sup>r</sup> Luis Durione.  
S<sup>r</sup> Opilio Manganelli.  
S<sup>r</sup> Juan Deandrea.  
S<sup>r</sup> Francisco Beltramini.  
S<sup>ra</sup> Carmen L. de Gómez.